



Revista de Filosofía Open Insight

ISSN: 2007-2406

openinsight@cisav.org

Centro de Investigación Social Avanzada

México

McNabb, Darin

OMNE SYMBOLUM DE SYMBOLO: LAS HUELLAS DE PEIRCE QUE DERRIDA NO
RASTREÓ

Revista de Filosofía Open Insight, vol. III, núm. 4, julio, 2012, pp. 93-111

Centro de Investigación Social Avanzada

Querétaro, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=421639452005>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

OMNE SYMBOLUM DE SYMBOLO: LAS HUELLAS DE PEIRCE QUE DERRIDA NO RASTREÓ

Darin McNabb
Universidad Veracruzana
darinmex@gmail.com

Resumen:

Jacques Derrida dice que Peirce va muy lejos en la dirección que él llama la deconstrucción del significado transcendental. Habla en términos casi loables de su semiótica, escogiendo algunas ideas claves del pensamiento de Peirce para reforzar el argumento que hace en *De la gramatología*. A pesar de las semejanzas, quiero dejar claro en este escrito que su gramatología y la semiótica de Peirce guardan importantes diferencias, tesis que sostendré al rastrear las huellas de Peirce de las que Derrida hizo caso omiso.

Palabras clave: Derrida, gramatología, Peirce, semiótica, verdad

OMNE SYMBOLUM DE SYMBOLO: THE TRACES IN PEIRCE THAT DERRIDA DIDN'T PURSUE

Abstract

Jacques Derrida says that Peirce goes very far in the direction that he calls the deconstruction of the transcendental signifier. He speaks in almost glowing terms of his semiotics, isolating some key ideas in Peirce's thought to strengthen the argument he makes in *Of Grammatology*. In spite of the similarities, I want to make clear in this paper that there are important differences between his grammatology and Peirce's semiotics. I'll make this argument by following out the traces in Peirce that Derrida didn't pursue.

Keywords: Derrida, Grammatology, Peirce, Semiotics, Truth

De la gramatología, el libro con el que Jacques Derrida inició su célebre ataque al logocentrismo occidental, versa sobre un tema comparativamente humilde: teorías de la significación. Su interés en este tema nace de su lectura de Husserl y del privilegio que éste da a la palabra hablada sobre la escrita en referencia a la expresión de los pensamientos. Derrida argumenta que la separación que Husserl intenta efectuar entre estos dos tipos de signos es insostenible. No solamente la palabra hablada sino el mismo pensamiento es una especie de escritura. Para Derrida, este *insight* sobre la naturaleza de la significación no era simplemente un dato de relevancia para los lingüistas sino algo de fundamental importancia para el pensamiento occidental en general. La marginalización de la escritura, a favor del habla, está a la base conceptual de los edificios metafísicos, desde Platón hasta Husserl. Su desvelamiento y deconstrucción de esta oposición binaria constituye, en buena medida, su quehacer intelectual.

En *De la gramatología* Derrida pone su mirada deconstructiva en Rousseau, Saussure y Levi-Strauss, entre otros. Encuentra en todos ellos algo que revela su compromiso con lo que llama la metafísica de la presencia, el deseo por un acceso inmediato al significado, por un “significado transcendental”. En su reflexión sobre Saussure, reconoce el gran valor de las nociones de arbitrariedad y diferencia en su planteamiento, pero aun así su compromiso con el *lógos* de la tradición le lleva a privilegiar el habla sobre la escritura. No se escapa de la crítica de Derrida.

Una excepción interesante es la de Charles Sanders Peirce. Derrida interrumpe su discusión con Saussure para hablar de la noción de signo en Peirce y dice, entre otras cosas, que “Peirce va muy lejos en la dirección que he llamado la deconstrucción del significado transcendental, que, en algún momento u otro, pondría un fin consolador a la referencia de signo a signo” (1974: p.49). No dice que el pensamiento de Peirce sea la gran respuesta, el camino que la filosofía debe seguir, pero en el contexto de su discusión de Saussure, Rousseau, etc., sus comentarios sobre Peirce constituyen una verdadera alabanza. Uno pensaría que encontró un aliado en su propuesta de una gramatología, pero lo curioso es que dedica poco más de dos páginas a Peirce y luego vuelve a Saussure y sus problemas.

Me surgen varias preguntas. ¿Por qué habló tan brevemente de Peirce? ¿Qué leyó de Peirce? Dice que Peirce fue lejos. ¿Fue suficientemente lejos? Si es así, ¿por qué no lo utiliza como aliado en sus reflexiones, como hace con determinadas ideas de Saussure? Si no es así, ¿por qué no lo deconstruye? ¿Derrida entendió bien la naturaleza del signo en Peirce? ¿Son equivalentes las nociones “gramatología derrideana” y “semiótica peirceana”? Desde la perspectiva arquitectónica y madura del pensamiento de Peirce, ¿qué opinaría éste sobre la deconstrucción y sus implicaciones metafísicas? A lo largo de este ensayo quiero explorar posibles respuestas a estos interrogantes. Vamos, primero, al texto de Derrida para ver concretamente qué dice sobre Peirce.

Peirce, desde Derrida

Derrida saca mucho provecho del concepto de signo en Saussure. La estructura diferencial del signo y la arbitrariedad que caracteriza la relación entre sus elementos es muy ameno a su proyecto de deconstrucción. Donde Saussure se tropieza, según Derrida, es en no extender estas características a la naturaleza de la escritura. Ahí Saussure insiste que la gramema es una representación “natural” de la fonema, tesis que Derrida considera insostenible según los propios lineamientos de Saussure. En medio de esta discusión comenta que Peirce fue más atento que Saussure al carácter no motivado de los signos. Derrida cita a Peirce:

Los símbolos crecen. Devienen al desarrollarse a partir de otros signos, en particular de íconos o de signos mixtos que disponen de características icónicas y simbólicas. Pensamos únicamente en signos. Estos signos mentales son de una naturaleza mixta; los aspectos simbólicos de éstos se llaman conceptos. Si un hombre crea un nuevo símbolo, lo hace mediante pensamientos que encierran conceptos. De modo que, un nuevo símbolo puede desarrollarse solo a partir de símbolos. *Omne symbolum de symbolo* (1974: p.48).

Aun cuando los símbolos sean solo una clase de signos y que tengan sus raíces genéticas en un campo no simbólico, Derrida insiste que estas raíces no anulan la originalidad y autonomía del campo de los símbolos. El juego y el devenir de los signos no alcanza ningún suelo de ausencia de significación que le proporcionaría algún fundamento para el desarrollo de los signos. Como dice más adelante en *De la gramatología* en una discusión sobre Rousseau, “No hay nada fuera del texto” (*il n’y a pas de hors-texte*) (1974: p.158). La referencia de signo en signo que constituye el sistema genético de los símbolos no se vincula de forma jerárquica con un exterior no-textual. La cita a Peirce apoya precisamente esta idea.

Este juego diferencial productivo de los símbolos sustituye concepciones tradicionales de la lógica que, dirigidas por el valor de verdad, pretendían jugar un papel fundador en la determinación de la significaciones. La lógica, para Peirce, no es sino otro nombre para la semiótica y Derrida muestra cómo ésta subsume la función tradicional de la lógica en una concepción mucho más amplia. Cita un largo pasaje de Peirce (1931: 2.229) en el que esta concepción se explicita. En primera instancia, la semiótica es una indagación acerca de las condiciones del sentido en general; establece los parámetros dentro de los cuales un discurso pueda tener sentido independientemente de su verdad o falsedad. Peirce llama esta función de la semiótica “gramática pura”. La segunda, “crítica”, comprende la función tradicional de la lógica, la ciencia de las condiciones de la verdad de las representaciones. La tercera, “retórica pura”, se trata de las leyes por las que un signo da paso a otro.

Lo que Derrida quiere dejar claro aquí es que en Peirce “la lógica dirigida por el valor de verdad ocupa en esa semiótica un nivel solo determinado y no fundamental” (1974: p.48). Tal subordinación apoya la “originalidad estructural” y “juego ... autónomo” del *arje-escritura*, del campo en el que los símbolos se desarrollan a partir de relaciones de sentido con signos anteriores. Todo esto lleva a Derrida a esa llamativa alabanza de Peirce:

Peirce va muy lejos en la dirección que he llamado la deconstrucción del significado transcendental, que, en algún momento

u otro, pondría un fin consolador a la referencia de signo a signo. He identificado el logocentrismo y la metafísica de la presencia como el deseo exigente, poderoso, sistemático e incontenible por tal significado. Ahora bien, Peirce considera lo indefinido de la referencia como el criterio que nos permite reconocer que, efectivamente, estamos tratando un sistema de signos. *Lo que propicia el movimiento de la significación es lo que hace imposible su interrupción La cosa misma es un signo.* (1974: p.49).

A ésto Derrida opone la fenomenología de Husserl que en su opinión constituye “la restauración más radical y más crítica de la metafísica de la presencia”. El signo en Husserl tiene la tarea de manifestar la cosa misma (verdad). En la fenomenología de Peirce lo que se manifiesta, mediante el signo, no es una presencia sino otro signo. “La así llamada ‘cosa misma’ ya es siempre un *representamen*... que funciona solo al dar paso a un *interpretante* que se convierte a sí mismo en un signo y así sucesivamente hasta el infinito”. Volvemos así al *omne symbolum de symbolo* y con esto termina Derrida su breve reflexión sobre la semiótica de Peirce.

Lo que esta interpretación provoca antes que nada, al menos para mí, es una inquietud acerca de su adecuación. ¿Interpretó bien a Peirce? Ante este despliegue de símbolos que constituye su interpretación, ¿tiene sentido, según Derrida, preguntar por tal adecuación?

Derrida diría que tal pregunta es logocéntrica, que trata de anclar la interpretación en algo fuera del texto, como en la intención de Peirce o en una lógica proposicional. Su propuesta gramatológica intenta cortar precisamente el vínculo entre escritura y metafísica y asegurar la autonomía del campo inmanente del juego simbólico. Tal campo es suficiente para que los símbolos se generen y signifiquen. Parecería que cualquier otro fin, para Derrida, iría ligado a una metafísica de la presencia. Aunque no creo que Derrida sea el relativista irresponsable que muchos le pintan, sin embargo la cuestión de la interpretación en su pensamiento nos lleva lejos de concepciones tradicionales de adecuación. Aunque sería problemático preguntar así desde el punto de vista derrideano, creo que tenemos todo el derecho de cuestionar la interpretación de Derrida desde el punto de

vista de Peirce. En lo que sigue volveré a los puntos principales de la interpretación de Derrida para examinarlos desde la luz del pensamiento de Peirce, especialmente desde áreas de su pensamiento que Derrida no toma en cuenta y que inciden, según el propio Peirce, en un entendimiento adecuado de sus ideas.

Derrida, desde Peirce

La razón por la que Derrida recurre a Peirce es para apoyar una de las ideas claves de su pensamiento: el carácter “no motivado” del signo. Lo que Derrida entiende por “no motivado” es que el signo “no tiene ‘conexión natural’ alguna con el significado dentro de la realidad” (1974: p.46). Insiste que la capacidad significativa del signo se debe exclusivamente a una convención arbitraria, no a su relación con una intención, el referente, o algún objeto transcendental que lo fundamente de forma natural. El pasaje de Peirce que cita expresa, sin duda, esta idea —los signos se desarrollan a partir de otros signos. Peirce rompe con el dualismo cartesiano donde la intuición media entre las esferas herméticas de sujeto y objeto, y pone en su lugar un proceso inferencial, triádico, en el que la relación entre un signo y el objeto que representa produce un interpretante, lo cual, a su vez, funciona signíficamente al producir otro interpretante más y así sucesivamente. El signo (que Peirce técnicamente llama “representamen”) proviene de un signo anterior y se apunta hacia un signo posterior. En este último sentido se parece mucho a la célebre huella derrideana, aunque Peirce diría simplemente que el signo es virtual. Es virtual (o ausente) porque el ser del signo va en función de su relación con algo temporalmente a futuro, o sea, en función de su interpretación por un signo posterior.

No extraña que aquí Derrida haya encontrado algo muy ameno en Peirce. Lo que me pregunto, en primera instancia, es ¿por qué escogió este pasaje? Lo encontró en los *Collected Papers*, que es una edición en ocho volúmenes aunque Derrida solo tuvo acceso a los primeros seis escritos de Peirce ordenados de forma temática (el volumen que cita Derrida consiste en escritos sobre lógica). Esta

edición no contiene los manuscritos o artículos tal como Peirce los escribió o, en su caso, publicó, en su totalidad, sino que consiste en pasajes parciales tomados de diversos escritos y ordenados en párrafos numerados según el tema.

El escrito entero en el que aparece el pasaje que Derrida cita se llama “What is a Sign”, elaborado en 1894 como el primer capítulo de un libro que llevaba como título *The Art of Reasoning*. Dos párrafos después del pasaje citado, Peirce termina el escrito con una afirmación que no se encuentra en los *Collected Papers*: “El arte de razonar es el arte de manejar tales signos, y de averiguar la verdad.” Este último, obviamente, no conviene al argumento de Derrida. En sus comentarios sobre Peirce insiste que la verdad va a un segundo plano ante la autonomía del juego simbólico. Trataré la preocupación de Peirce por la verdad más adelante.

De mayor inconveniencia, de momento, es que la huella de Peirce que Derrida nos muestra está inserta en una red simbólica mucho más compleja y profunda de lo que la mera cita nos haría pensar. El “idealismo sónico” que se manifiesta en el pasaje citado nació en los primeros escritos que Peirce publicó en 1868 y, aunque sea un aspecto importante e innegable de su pensamiento, a las alturas de 1894 su sentido había cambiado de forma significativa. En lo que sigue, intento rastrear las huellas de las que Derrida hizo caso omiso, huellas que muestran cómo Peirce llegó a ver como incompleto su planteamiento idealista inicial y que apuntan al realismo de su pensamiento maduro.

Mientras Nietzsche anunciaba la muerte de Dios en el viejo mundo, el joven Peirce, por el otro lado del Atlántico, estaba robando el fuego del Zeus de la Modernidad, René Descartes. Para recapitular, su temprana reflexión sobre los signos planteaba una dinámica triádica donde la relación entre un signo y aquello que representa se hace efectiva al producir un interpretante, o sea, otro signo del mismo objeto. La capacidad significativa del signo no se deriva, cartesianamente, de la relación que guarda con su objeto sino de la creación de otro signo que lo interprete. Esta idea requirió del desmantelamiento de la inmediatez del intuicionismo cartesiano a favor de un proceso inferencial de signo en signo. En “Cuestiones acerca

de ciertas facultades atribuidas al hombre” (1992: pp.11–27), Peirce hace una especie de deconstrucción *avant la lettre*, mostrando que la misma supuesta capacidad de intuición es incapaz de distinguir entre cogniciones derivadas de cogniciones anteriores y las que refieren directamente a su objeto. No demuestra la inexistencia de tal facultad de intuición sino solo que es una suposición innecesaria; los fenómenos que intenta explicar, como los de la consciencia y el conocimiento, pueden entenderse sin más como productos de inferencias que se hacen en un medio puramente *signico*. La significatividad brota de un nexo de signos que se extienden de manera indefinida hacia el pasado y hacia el futuro.

Esboza las consecuencias de su “deconstrucción” de Descartes en el escrito “Algunas consecuencias de cuatro incapacidades” (1992, pp.28–55). En lugar de la introspección y la intuición, el conocimiento es producto de un proceso inferencial en el que las cogniciones, entendidas como signos, están determinadas por cogniciones anteriores. El hombre mismo, dice Peirce, es un signo en desarrollo. Como tal, el hombre deja de ocupar el lugar central y controlador del sujeto moderno convirtiéndose más bien en una determinación del flujo de los signos, o de lo que Derrida llamaría la *arje–escritura*.

Los argumentos de estos dos escritos van tan cercanamente a la mano con la propuesta de Derrida que me sorprende que no los citara. Sea como fuere, esta cuestión historiográfica, lo que nos interesa es rastrear las huellas posteriores que Peirce nos dejó para evaluar con mayor profundidad la viabilidad de una sintonía entre su semiótica y la *arje–escritura* derrideana.

Tanto en su filosofía en general como en su semiótica, Peirce nunca abandonó la idea básica del idealismo planteada en estos primeros escritos. De hecho, veintitrés años después, a las alturas de 1891, afirmó que “la única teoría inteligible del universo es la del idealismo objetivo” (1931: 6.25). Pero esa teoría idealista del universo en su filosofía madura es mucho más profunda y sofisticada que este planteamiento temprano. Aquí, al comienzo de su carrera intelectual, encontramos una doctrina de pensamiento–signos que, a pesar de los problemas que resolvió, presenta una serie de problemas que poco a poco subsanaría a lo largo de los años. La evolución

de esta doctrina y los problemas que presenta inciden en diversas ramas del pensamiento de Peirce que, en el espacio de este escrito, sería imposible tratar en su totalidad. Dado que el punto de convergencia en esta comparación entre Derrida y Peirce es el signo y su naturaleza, me delimitaré, en lo que sigue, a su ampliación del idealismo en el campo de la semiótica.

Por plausible que parezca el modelo inferencial que plantea Peirce para dar cuenta de fenómenos cognitivos, tanto el objeto representado como el significado del mismo se desplazan hacia el pasado y hacia el futuro de un modo que parece contraintuitivo. El objeto que queremos conocer parece retrocederse a la medida que su significado, por el que lo conocemos, está en constante proceso de manifestarse por futuras interpretaciones. Pero nuestra experiencia parece no ser tan fluida e indeterminada. Escuchamos o leemos signos, visualizamos objetos, y entendemos de forma práctica su significado. ¿Dónde se encuentra el objeto en la resbaladiza generalidad de esta infinita serie de cogniciones?

En 1885, Peirce colaboró con su alumno O. H. Mitchell en el descubrimiento de la cuantificación. En este trabajo se dio cuenta de la importancia de los índices. Lo define de la siguiente manera: “[Un índice] es una cosa o un hecho real que es un signo de su objeto en virtud de estar conectado con él como una cuestión de hecho.” (1931: 4.447). Un dedo que señala un objeto entre otros y una vela que indica la dirección del viento son ejemplos de índices. Son capaces de significar debido a su relación existencial con el objeto indicado. Los símbolos, en cambio, guardan una relación meramente convencional con su objeto, y aunque la generalidad de los símbolos sea imprescindible para el pensamiento, son incapaces de explicitar el tema que se trata. Éste no puede describirse en términos generales sino solo indicarse. Como dice: “el mundo real no puede distinguirse de un mundo de la imaginación por descripción alguna. Por tanto la necesidad de pronombres e índices...” (1981: 163–4). Los conceptos que forman la serie de cogniciones logran referirse a objetos gracias a estar vinculados con índices. Peirce se dio cuenta de que los dos tipos de signos funcionan conjuntamente.

En México, una mano abierta y extendida de forma perpendicular con respecto al suelo se usa, entre otras cosas, para indicar la estatura de un animal. Esto es un índice porque la parte inferior de la mano está en una relación existencial espacial con la estatura del animal. Pero a la vez es una convención cuyo valor simbólico es resultado de un acuerdo. Igual, la costumbre podría ser que se mida desde el suelo hasta la parte superior de la mano. Aquí vemos cómo un símbolo y un índice cooperan para impartir información en una cognición sobre un animal. La importancia de este descubrimiento reside en que le permite a Peirce evitar las implicaciones problemáticas de toda cognición siendo precedida por una anterior. Como comenta Short, “Se sigue que si el índice está directamente conectado con su objeto, entonces también lo es la cognición, mediante el índice que contiene. Por tanto, una cognición no tiene que ser el interpretante de una cognición anterior para que tenga un objeto” (1992: 221).

Un derrideano podría objetar que con esto Peirce traiciona la base inferencial de su teoría, que echa para atrás su incisiva e importante crítica al intuicionismo cartesiano en la que niega la sostenibilidad de cogniciones que llegan directamente a su significado. Pues esta conclusión no se sigue para Peirce debido a su posición falibilista. Aún cuando la capacidad de un índice de indicar un objeto no depende de ninguna convención humana, es posible que uno yerre al tomar el índice como signo de cierto objeto. Todo lo que se afirma es, a fin de cuentas, una conjetura que por tanto es falible. Puede corregirse. Lo importante aquí es que la inclusión del índice en la dinámica sémica de la cognición hace innecesaria una serie infinita de cogniciones al tiempo que, gracias al falibilismo, evita una postura intuicionista.

Además del símbolo y el índice, la semiótica madura de Peirce contempla también la relación icónica que un signo puede guardar con su objeto. Los símbolos son convencionales, los índices refieren en base a una relación existencial, y los íconos por una semejanza que guardan con su objeto. Los tres para Peirce están necesariamente involucrados en la cognición, pero no me detengo para analizar el papel del ícono ya que no incide directamente en mi cuestionamiento

de Derrida y su interpretación de Peirce. De las diferentes formas en que un signo puede relacionarse con un objeto me gustaría pasar ahora a reflexionar sobre el objeto mismo y una distinción importante que Peirce hace.

La ya mencionada afirmación de Derrida de que “no hay nada fuera del texto” sugiere el inmanentismo de la esfera simbólica. Los objetos a que hacen referencia los signos siempre son representaciones que provienen de representaciones anteriores o que crean unas posteriores en una interminable y desorientadora kaleidoscopia de referencia. Por el lado del signo ya hemos visto por qué esta referencia perpetuamente diferida no se da en el pensamiento de Peirce. Tampoco se da por razones que conciernen el lado del objeto.

Todo signo para Peirce media entre dos cosas —por un lado el *objeto* que representa y por el otro el *interpretante* (o nuevo signo) que su relación con el objeto produce. El objeto con el que un signo determinado está en relación Peirce lo denomina el *objeto inmediato*, o el objeto tal y como se representa en el signo. Esto lo distingue del *objeto dinámico*. Dice:

Tenemos que distinguir entre el Objeto Inmediato —i.e. el Objeto tal y como se representa en el signo— y el Objeto Real (no, porque es posible que el Objeto sea totalmente ficticio, por lo que debo escoger otro término) digamos el Objeto Dinámico que, por la naturaleza de las cosas, el Signo no puede *expresar*, sino solo *indicar*, y dejar al intérprete averiguar por *experiencia colateral* (1931: 8.314).

En seguida Peirce da el ejemplo de señalar algo con su dedo y dice que es posible que su amigo no lo vea o que no lo pueda distinguir de otras cosas en su campo visual. En este caso tendría que averiguar qué quiere decir Peirce por experiencia colateral, lo cual podría ser por ejemplo haciéndole una pregunta y generando otro signo para mejor indicar el objeto.

Otro ejemplo. Las palabras que usted está leyendo aquí constituyen un conjunto de “signos” que tienen como su “objeto” la noción de “objeto” en Peirce. Este objeto representado por los signos que

estoy escribiendo es un objeto inmediato porque los signos que he utilizado señalan nada más unos cuantos aspectos de la noción de Peirce. La representación queda parcial, corta. Y es posible que haya representado mal su noción. En todo caso, el objeto tiene que ser identificable al margen de un signo dado ya que si el único acceso que se tuviera al objeto fuera por medio de un signo o conjunto de signos en un momento dado, sería imposible dar cuenta del error y la corrección. Si no fuera así, los signos no podrían fallar en representar objetos. Por eso, para Peirce hace falta distinguir el objeto dinámico. Lo describe como:

un algo oscuro subyacente, que no puede especificarse sin manifestarse como un signo de algo abajo. Pensamos que ha de haber... un límite a esto, una realidad última, como un cero de la temperatura. Pero en la naturaleza de las cosas, solo se le puede acercar; solo puede ser representado (1931: 3.487).

Esto suena mucho a la kantiana cosa—en—sí—misma pero, a diferencia de Kant, el objeto dinámico es a fin de cuentas representable y cono-cible. Es independiente de cualquier representación dada de él, pero no de toda representación posible a largo plazo. Como dice Peirce, “la opinión que está destinado a ser aquella con la que todos los que investigan estarán de acuerdo es lo que queremos decir por verdad, y el objeto representado en esa opinión es lo real” (1931: 4.507).

Joseph Ransdell ha comparado esta distinción entre objeto inmediato y dinámico con la que hace Frege entre *Sinn* y *Bedeutung*. Escribe:

Podríamos decir, aludiendo a la distinción *Bedeutung/Sinn* de Frege, aunque sin comprometernos con su propia comprensión de ella, que se puede hacer una distinción útil entre... errores de referencia (*Bedeutung*) y errores de sentido (*Sinn*). Entendida así, el uso de la distinción objeto inmediato/dinámico tiene que ver especialmente con el problema de dar cuenta de errores de

Bedeutung o referencia a diferencia de dar cuenta de errores de sentido (2007).

Al decir que no hay nada fuera del texto, Derrida obviamente no quiere decir que no hay objetos allá fuera. La idea de la afirmación es que para que un signo tenga sentido, basta contar con la esfera inmanente de la representación. Creo que la distinción que hace Peirce, científico de formación, se hace para que el trabajo de investigación científica tenga un referente independiente de cualquier representación dada de él capaz de orientar la interrogación signíca dentro de una comunidad de investigadores.

Como ya vimos, Derrida afirma que Peirce fue lejos en la dirección que llamó la deconstrucción del significado transcendental. El objeto en Peirce no constituye el significado de un signo sino el interpretante, como a continuación veremos. De momento, me quedo con la duda de si Derrida leyó sobre el objeto dinámico en su estudio de Peirce. Sea como sea, me parece claro que semejante cosa sería para Derrida algo fuera de la cadena de significación y por tanto otro dispositivo más de la tradición que trata de suprimir u ocultar la naturaleza textual del pensamiento humano. Quizá Peirce respondería que Derrida es el que incorpora la mala metafísica kantiana, que su textualismo no es más que un variante de transcendentalismo de Kant que a fin de cuentas bloquea el camino de la investigación (el mayor pecado intelectual para Peirce). La investigación científica no puede darse el lujo lúdico de hilar infinitas interpretaciones sobre los objetos que investiga. La madre naturaleza (léase: objeto dinámico), junto con el método científico que Peirce ayudó mucho en pulir, dan cuenta de la realidad que investigamos mucho mejor, a mi parecer, que el idealismo semiótico de Derrida.

Hasta ahora hemos analizado el lado del signo y del objeto. Pasemos ahora al tercer elemento en el proceso semiótico, el interpretante. Ya hemos hablado de cómo Peirce amplió su semiótica para incluir índices e íconos además de los símbolos. Los signos, sean como sean, funcionan cuando son interpretados, y esta interpretación o “interpretante” constituye un nuevo signo del mismo objeto. En la vida cognitiva del ser humano, los interpretantes que se producen

son casi siempre nuevos símbolos, o sea, nuevos pensamientos. Peirce clasifica esto como un interpretante lógico. Pero los interpretantes también pueden ser sentimientos o acciones, cosas que clasifica como interpretantes emocionales y energéticos respectivamente.

Por razones que tienen que ver con su pragmatismo maduro, Peirce siempre insistía que el significado pleno de un signo es general, nunca particular. Esta idea se expresa en la distinción que Peirce introdujo entre *type* y *token*. Ningún número finito de *tokens* jamás puede agotar la totalidad de un *type*. Si se tratara, por ejemplo, del signo “¡Alto!”, uno de sus interpretantes más habituales es el acto de pararse. Lo que sostiene Peirce es que ninguna cantidad de estos actos particulares podrían agotar el significado del símbolo “¡Alto!” que es un *type*. Por tanto, insistía en que todo pensamiento tiene que interpretarse en un “pensamiento–signo” posterior. Esto es lo que le agrada tanto a Derrida.

Sin embargo, en 1907 Peirce introdujo un nuevo tipo de interpretante entre los interpretantes lógicos, uno que llamaba el “interpretante lógico último”. Para cualquier signo, una serie infinita de interpretantes puede producirse. Es decir, los signos son infinitamente interpretables. Pero prácticamente, o pragmáticamente, la cadena de interpretación llega a un fin. A veces es por cansancio, o porque la atención ha sido distraída o llevada a otro asunto. Pero muchas veces es porque la interpretación que la investigación lleva a cabo ha resuelto la duda o inquietud que surgió en primer lugar en nuestra experiencia. El último interpretante al que se llega en tal situación es lo que Peirce llama el “interpretante lógico último” y consiste en el establecimiento de un hábito o disposición para actuar.

En este sentido, el hábito constituye el significado del signo y se expresa en una disposición de actuar de acuerdo con la creencia en cuestión. Por ejemplo, si, según mi interpretación de experiencias que he tenido con el fuego, creo que el fuego quema, entonces tendré un hábito de pensamiento que se expresa en estar dispuesto a acercarme o alejarme del fuego dependiendo de mis motivos y necesidades.

Lo importante aquí es que este hábito o disposición es algo condicional; se expresa o manifiesta a futuro. Un hábito no es particular

sino general y, por tanto, cumple para Peirce el requisito mencionado anteriormente. Dice Peirce:

Decir que sostengo que el resultado, o interpretación última adecuada, de un concepto consiste, no en cualquier acto o actos que puedan llegar a hacerse, sino en un hábito de conducta, o determinación moral general de cualquier procedimiento que “puede llegar a darse”, no es más que decir que soy un pragmático (1931: 5.504).

Con esta idea Peirce rompe el kaleidoscopio en el que palabras interpretan palabras, y pensamientos, pensamientos. Como dice T. L. Short:

La distinción pragmática entre significativo (*meaningfulness*) y sinsentido (*meaninglessness*) quiere decir lo siguiente: el habla y el pensamiento significativos tienen interpretantes lógicos últimos, mientras que el habla y el pensamiento sinsentido, aún cuando siempre pueden traducirse en pensamientos y palabras posteriores, carecen de interpretantes lógicos últimos (2004: 229).

Conclusiones

Inicié este escrito con una serie de interrogantes que esperaba poder contestar. Se sabe que en 1956 Derrida recibió una beca para una estancia de investigación en Harvard donde, entre otras cosas, estudió la obra de Peirce. Sin duda, solo tuvo acceso a los primeros seis volúmenes del *Collected Papers*.¹ Así que, por los problemas que ya mencioné del aparato crítico de esa edición, su comprensión del pensamiento fue inevitablemente parcial. Aun así, lo que he discutido sobre el índice y el objeto dinámico se encuentran en buena parte

1 En 1956 Hartshorne y Weiss estaban editando los últimos dos volúmenes del *Collected Papers* (que salieron publicados en 1958) y solo ellos en esa época tenían acceso a los manuscritos originales.

en el cuarto volumen de esta edición. Si Derrida encontró ideas tan atractivas en Peirce no puedo imaginar que no haya leído todo lo que tuvo a su alcance. Esto me lleva a sospechar que simplemente hizo caso omiso de los elementos del pensamiento de Peirce que no resonaban con sus propias ideas. Aunque, si fuera así, ¿por qué no lo deconstruyó junto con Saussure y Levi-Strauss? La obra de Peirce es vasta y es posible que se diera cuenta de que no lo conocía lo suficiente para llevar a cabo el tipo de análisis que hace con Saussure por ejemplo. De todas formas, éstas son conjeturas mías. No he encontrado en la obra de Derrida ni en entrevistas con él donde haya hablado sobre ese año en Harvard, de modo que lo que he comentado aquí tendrá que permanecer como especulativo.

Pasando a la cuestión más filosófica, ¿qué podemos decir acerca de la relación entre Peirce y Derrida, entre gramatología y semiótica? Obviamente, sus respectivas concepciones del signo coinciden ya que de otra forma Derrida no lo habría citado. Las ideas expresadas en las citas que hizo del temprano Peirce fueron necesarias para superar el cartesianismo latente en mucha de la filosofía moderna, pero a lo largo de su vida sus ideas sobre el signo maduraron en el contexto de su pragmatismo, su trabajo en lógica, y el desarrollo de su metafísica. En todo esto, Peirce apuntaba a un marco teórico que diera cuenta de la capacidad del ser humano de conocer su mundo. Lo que dice Peirce sobre el índice, el objeto dinámico y el interpretante lógico último, entre otras cosas, refleja precisamente eso.

¿Sería esto demasiado metafísico para Derrida, algo susceptible a la deconstrucción? En Derrida, la metafísica siempre es una metafísica de la presencia, la determinación del ser como presencia. El pensamiento de Peirce es, sin duda, informado por reflexiones metafísicas, pero no es una metafísica de la presencia sino una estructurada por sus profundas reflexiones sobre lógica. No una lógica de sustancia como en Aristóteles y Kant sino una de relaciones la cual se ve reflejada en la relación triádica del signo. Peirce sí cree en la verdad pero de una forma pragmática y falibilista como producto de las prácticas interpretativas de una amplia comunidad de investigadores. Habla de la convergencia de opinión a largo plazo siendo esa opinión la verdad y el objeto de ella lo real. Pero esa convergencia

se da solo de forma asintótica, nunca de forma final al estilo hegeliano. El cosmos humano y natural se vuelve cada vez más regular y razonable, pero la propia vitalidad del cosmos, como la vitalidad del signo mismo, exige novedad y espontaneidad, fenómenos que la propia estructura de su metafísica plantea. Harían falta muchas hojas más para detallar estos aspectos de su metafísica, pero el punto que quería anotar es que esa presencia que Derrida quisiera deconstruir se encuentra en Peirce en un futuro indefinidamente diferido.

No soy lo suficientemente derrideano como para llevar a cabo una lectura deconstructiva de Peirce, y no digo que no resultaría provechosa, pues Peirce no tiene toda la razón y entre más voces haya en la comunidad de investigadores, mejor. Solo podemos especular qué diría Peirce a Derrida si se encontraran a solas. He intentado dar una idea de los lineamientos generales de tal respuesta. Terminó con dos citas de Peirce sobre metafísica y lógica.

Si encuentras a un hombre científico que propone arreglárselas sin metafísica alguna... has encontrado uno cuyas doctrinas están totalmente viciadas por la metafísica cruda y no criticada con la que están llenas (1931: 1.129).

La verdad es que el sentido común, o el pensamiento, al salir por arriba del nivel de lo estrechamente práctico, está profundamente imbuido de aquella mala cualidad lógica a la que el epíteto “metafísico” comúnmente se aplica; lo único que puede remediar esto es un curso muy severo de lógica (1931: 5.369).

REFERENCIAS:

- DERRIDA, Jacques. 1974. *Of Grammatology*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press. Traducido por Gayatri Chakravorty Spivak.
- PEIRCE, C.S. 1931. *Collected Papers of Charles Sanders Peirce*, Cambridge M.A.: Harvard University Press. Charles Hartshorne y Paul Weiss (eds.): vv.1–6. 1931–1935; Arthur W. Burks (ed.): vv.7–8, 1958.
- PEIRCE, C.S. 1992. *The Essential Peirce, Selected Philosophical Writings, Volume 1 (1867–1893)*, Bloomington and Indianapolis, IN: Indiana University Press. Nathan Houser y Christien J.W. Kloesel, (eds).
- PEIRCE, C.S. 1981. *Writings of Charles S. Peirce, A Chronological Edition*, Peirce Edition Project (eds.), Bloomington and Indianapolis, IN.: Indiana University Press.
- RANSELL, Joseph, M. “On the Use and Abuse of the Immediate/Dynamical Object Distinction”. Tomado de: <http://www.cspeirce.com/menu/library/about-csp/ransdell/useabuse.htm>
- SHORT, T.L. 2004. “The Development of Peirce’s Theory of Signs” en *The Cambridge Companion to Peirce*. Cambridge: Cambridge University Press, 2004. Cheryl Misak, (ed.).